

Los Watson

Por

Jane Austen

Freeditorial 

En D., una localidad de Surrey, iba a celebrarse el primer baile de invierno el martes 13 de octubre, y todo el mundo esperaba que fuera muy señalado. De forma confidencial, se hizo circular una larga lista de familias del condado cuya asistencia se daba por segura, y había grandes esperanzas de que incluso los Osborne hicieran acto de presencia. Después, claro está, vino la invitación de los Edwards a los Watson. Los Edwards eran gente pudiente, vivían en la ciudad y tenían carruaje propio. Los Watson vivían en un pueblo a cinco kilómetros de distancia, eran pobres y carecían de coche cerrado. Y, durante los meses de invierno, siempre que se había celebrado algún baile en el lugar, los Edwards solían invitar a los Watson a cambiarse de ropa, cenar y dormir en su casa antes de emprender el camino de vuelta.

En aquella ocasión, dado que únicamente dos de las hijas del Sr. Watson se hallaban en casa y que una de ellas debía quedarse para atenderlo, pues estaba enfermo y había perdido a su mujer, sólo una podía aprovechar la generosidad de sus amigos. La Srta. Emma Watson, que acababa de regresar con su familia tras haber vivido con una tía suya que la había criado, iba a hacer su primera aparición pública en el lugar, y su hermana mayor, cuya afición por los bailes era la misma que diez años atrás, tenía mérito al llevar de buen grado a su hermana (vestida con sus mejores galas) hasta D. en el viejo carruaje.

Mientras atravesaban los charcos del húmedo y embarrado camino, la Srta. Watson dio a su inexperta hermana las siguientes instrucciones y advertencias:

—Imagino que será un baile estupendo, y entre tantos oficiales no te faltarán acompañantes. Ya verás cómo la doncella de la Sra. Edwards estará muy dispuesta a ayudarte en todo, y te aconsejo que consultes cualquier duda a Mary Edwards, pues tiene un gusto excelente. Si el Sr. Edwards no pierde dinero jugando a las cartas, te quedarás hasta que te apetezca; de lo contrario, quizá te traiga rápidamente de vuelta, pero en cualquier caso tendrás asegurada una buena sopa. Espero que estés radiante. No me sorprendería que fueras una de las jóvenes más bonitas de la fiesta; la novedad siempre levanta expectación. Puede que Tom Musgrave se fije en ti, pero te aconsejo que no le incites bajo ningún concepto. Suele fijarse en todas las nuevas. Le encanta coquetear, pero nunca va en serio.

—Creo que ya te he oído hablar de él —dijo Emma—. ¿Quién es?

—Un joven de gran fortuna, bastante independiente y muy agradable, el favorito de todas allá donde va. Casi todas las jóvenes de por aquí están enamoradas de él, o lo han estado. Me parece que yo soy la única que ha escapado con el corazón intacto, aunque fui la primera en quien se fijó cuando vino a esta comarca hace seis años. Hay quien dice que ninguna otra le ha gustado tanto desde entonces, aunque siempre esté haciendo la corte a unas y

otras.

—¿Y cómo es que tú fuiste la única que se le resistió? —preguntó Emma, sonriendo.

—Hay una razón —respondió la Srta. Watson, mudando de color—. Los hombres no se han portado demasiado bien conmigo. Espero que tú seas más afortunada.

—Querida hermana, te pido perdón si, sin pretenderlo, te he causado dolor.

—Cuando conocimos a Tom Musgrave —prosiguió la Srta. Watson, ensimismada—, yo estaba enamorada de un joven llamado Purvis, un buen amigo de Robert que solía pasar mucho tiempo con nosotros. Todos pensaban que aquello acabaría en boda.

Un suspiro acompañó a estas palabras, y Emma mantuvo un respetuoso silencio. Pero su hermana prosiguió tras una breve pausa:

—Te preguntarás por qué no ocurrió así y él terminó casándose con otra, mientras que yo sigo soltera. Pero eso debes preguntárselo a él y no a mí. Penélope también tendría algo que decir. Sí, Emma, Penélope anduvo metida en todo aquello. Cree que todo vale con tal de encontrar marido. Yo confiaba en ella, pero puso a Purvis en mi contra con la intención de quedárselo para sí; así que él fue espaciando sus visitas y al poco se casó con otra. Penélope resta importancia a lo que hizo, pero a mí me parece una traición indigna. No volveré a amar a ningún otro hombre como a Purvis. Creo que Tom Musgrave no puede comparársele.

—Me asusta eso que dices de Penélope —dijo Emma—. ¿Cómo puede una hermana hacer algo semejante? ¡Rivalidad y traición entre hermanas! Me da miedo conocerla, aunque espero que no fuera así y que las apariencias estuvieran en su contra.

—No conoces a Penélope. Haría lo que fuera con tal de casarse. Ella misma te lo reconocería. No le cuentes ningún secreto, sigue mis consejos y no te fíes de ella. Tiene sus virtudes, pero no esperes de ella lealtad, honor o escrúpulos si puede sacar provecho. Desearía de todo corazón que encontrara un buen marido. Te aseguro que preferiría que lo encontrara ella a encontrarlo yo.

—¡Cielos! Bueno, puedo entenderlo. Un corazón herido como el tuyo no debe de sentir demasiada inclinación por el matrimonio.

—No, ciertamente; pero ya sabes que no tenemos más remedio que casarnos. Yo me arreglaría muy bien sola; con unos pocos amigos y un agradable baile de vez en cuando me contentaría, si una fuera a ser siempre joven. Pero nuestro padre no puede asegurarnos el porvenir, y es muy triste

envejecer, ser pobre y que se rían de ti. He perdido a Purvis, es cierto, pero muy poca gente se casa con su primer amor. No debería rechazar a un hombre simplemente por no ser Purvis. Y eso no significa que pueda perdonar nunca a Penélope.

Emma asintió, dándole la razón.

—Con todo, Penélope también pasó lo suyo —prosiguió la Srta. Watson—. Sufrió una gran desilusión con Tom Musgrave, de quien estaba prendada, y que después de mí empezó a fijarse en ella. Pero él nunca fue en serio y, cuando hubo jugado lo suficiente con ella, dejó de hacerle caso y pasó a interesarse por Margaret. La pobre Penélope quedó desconsolada. Desde entonces está intentando pescar a cierto caballero de Chichester. No nos ha dicho quién es, pero yo creo que se trata del rico y anciano Dr. Harding, tío de una amiga a la que suele visitar. Eso le ha hecho tomarse muchas molestias sin que de momento le haya servido de nada. Cuando se fue el otro día dijo que sería la última vez. Supongo que no sabías qué la reclamaba en Chichester, ni te figurabas qué podía alejarla de Stanton justo cuando volvías a casa después de tantos años de ausencia.

—Cierto, ni lo sospechaba siquiera. Que se comprometiera a visitar a la Sra. Shaw justo en ese momento me pareció muy inoportuno. Esperaba encontrar a todas mis hermanas en casa para que pudiéramos intimar enseguida.

—Imagino que el doctor habrá tenido un ataque de asma, y que por eso ella ha tenido que salir corriendo. Los Shaw están de su parte, o al menos eso creo, pero ella no me cuenta nada. Presume de no confiar en los demás. Dice, y no le falta razón, que «demasiados cocineros estropean el caldo».

—Lamento su preocupación —dijo Emma—, pero no me gustan sus planes ni sus opiniones. La temo, pues ha de tener un carácter demasiado descarado y masculino. Estar tan obsesionada por casarse y perseguir a un hombre con el único objetivo de lograr una buena posición es algo que me choca. No alcanzo a comprenderlo. Ser pobre es una desgracia, pero para una mujer con educación y sensibilidad no debería ser la peor. Preferiría ser maestra de escuela (y no se me ocurre nada peor) a casarme con un hombre que no me gusta.

—Pues yo preferiría cualquier cosa antes que ser maestra de escuela —replicó su hermana—. He trabajado en una y sé la vida que te espera en ellas. Tú no. Casarme con un hombre desagradable me gustaría tan poco como a ti, pero no creo que haya tantos. Creo que podría gustarme cualquiera que tuviera buen carácter y una buena renta. Pero supongo que nuestra tía te educó para ser más refinada.

—Si te digo la verdad, no lo sé. Mi comportamiento te lo dirá. Yo no sabría juzgarlo. No puedo comparar los métodos de nuestra tía con los de cualquier otra persona, porque los desconozco.

—Sin embargo, se ve en muchas cosas que eres muy refinada. Lo vengo observando desde que volviste, y temo que eso no te hará más feliz. Penélope se reirá de ti.

—Que no me hará más feliz, lo sé. Si mis opiniones no son acertadas tendré que corregirlas. Si exceden mi condición, tendré que intentar ocultarlas, pero dudo que el ridículo... ¿Penélope es muy ingeniosa?

—Sí. Es muy impulsiva y no se para a pensar lo que dice.

—Margaret es más discreta, imagino.

—Sí, sobre todo cuando hay alguien delante. Es toda discreción y delicadeza cuando hay gente cerca, pero se vuelve bastante irritable y perversa cuando estamos a solas. ¡Pobre! Está convencida de que Tom Musgrave se ha enamorado de ella más que de ninguna otra, y siempre está esperando a que él se decida. Es la segunda vez este año que se va a pasar un mes con Robert y Jane para incitarle con su ausencia; pero estoy segura de que se equivoca y que él no la seguirá hasta Croydon, como tampoco lo hizo el marzo pasado. Musgrave no se casará si no es con una joven de postín: la Srta. Osborne, tal vez, o alguien por el estilo.

—Elizabeth, tu descripción de ese tal Tom Musgrave no me anima a conocerlo.

—Le temes. No me extraña.

—No es eso. Simplemente no me gusta y lo desprecio.

—¡Despreciar a Tom Musgrave! Eso es imposible. Apuesto a que te parecerá encantador si se fija en ti. Espero que baile contigo, y me atrevo a decir que lo hará, a menos que los Osborne vengan con un grupo numeroso, en cuyo caso no hablará con nadie más.

—Parece que tiene modales de lo más seductores —dijo Emma—. Bueno, veremos lo irresistibles que nos encontramos el Sr. Tom Musgrave y yo. Supongo que lo reconoceré nada más entrar en el salón. Ha de llevar escrito en el rostro alguno de sus encantos.

—No lo encontrarás en el salón de baile, te lo aseguro. Llegaréis pronto para que la Sra. Edwards pueda conseguir un buen sitio junto al fuego, y él siempre aparece a última hora. Si al final van los Osborne, esperará en el pasillo y entrará con ellos. Me gustaría estar allí para protegerte. Si nuestro padre se encontrase bien ese día, me abrigaría y James me acercaría hasta allí después del té, y así podría estar contigo para cuando empezara el baile.

—¡Cómo! ¿Vendrías en este carro por la noche?

—Sin dudar. Antes dije que eras muy refinada, y esto es un ejemplo.

Emma se quedó callada unos instantes y finalmente dijo:

—Elizabeth, ojalá no me hubieras insistido para que fuera al baile. Tú lo disfrutarías más que yo. Yo aquí soy una extraña, y sólo conozco a los Edwards, así que no es probable que me divierta. Pero tú, entre tantos conocidos, seguro que sí. Estamos a tiempo de cambiar. Con los Edwards harían falta pocas disculpas, pues ellos disfrutarán más de tu compañía que de la mía, y yo volvería rápidamente con nuestro padre. No me daría ningún miedo guiar este viejo animal a casa, y ya encontraría el modo de enviarte tu ropa.

—Querida Emma —exclamó Elizabeth, emocionada—, ¿me crees capaz de hacer algo así?

¡Por nada del mundo! Pero nunca olvidaré lo generosa que has sido al proponerlo. Has de tener un carácter dulce, pues nunca vi nada igual. ¿De verdad renunciarías al baile para que yo pudiera ir? Créeme, Emma, no soy tan egoísta como para aceptarlo. Aunque tenga nueve años más que tú, no seré yo quien te impida presentarte en sociedad. Eres muy bonita, y sería muy injusto que no tuvieras la misma oportunidad que todas nosotras de encontrar marido. No, Emma, sea quien sea la que se quede en casa este invierno, no serás tú. Estoy segura de que yo nunca habría perdonado a quien me hubiera impedido asistir a un baile a los diecinueve años.

Emma le expresó su gratitud, y durante algunos minutos avanzaron en silencio. Elizabeth fue la primera en hablar:

—¿Te fijarás en quién baila con Mary Edwards?

—Intentaré acordarme, pero sabes que no conoceré sus nombres.

—Fíjate sólo en si baila más de una vez con el capitán Hunter. Eso es lo que más temo. No es que a su padre o a su madre les gusten mucho los oficiales, pero si ella baila con él, bueno, entonces el pobre Sam no tendrá nada que hacer. Y he prometido escribirle para decirle con quién baila Mary.

—¿Sam está enamorado de la Srta. Edwards?

—¿No lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo podía enterarme en Shropshire de lo que pasa en Surrey? No es probable que asuntos tan delicados se comentaran en la escasa correspondencia que hemos mantenido en los últimos catorce años.

—Supongo que nunca te lo mencioné en mis cartas. Desde que volviste he andado tan atareada ocupándome de nuestro pobre padre y de las tareas

domésticas que no he tenido tiempo de contarte nada, pero di por sentado que estabas enterada de todo. Lleva dos años muy enamorado de ella, y le disgusta profundamente no poder asistir a todos nuestros bailes; pero el Sr. Curtis a menudo no puede arreglarse sin él, y ésta es época de muchas enfermedades en Guildford.

—¿Crees que la Srta. Edwards le corresponde?

—Me temo que no. Ya sabes que es hija única, y heredará al menos diez mil libras.

—Pero así y todo puede enamorarse de nuestro hermano.

—¡Oh, no! Los Edwards aspiran a mucho más. Sus padres nunca lo consentirían. Sam no es más que un médico. A veces pienso que a ella le gusta, pero Mary Edwards es muy formal y reservada, y no siempre sé lo que pasa por su cabeza.

—A menos que Sam esté convencido de pisar terreno firme, me entristece que le animen siquiera a pensar en ella.

—Un joven debe pensar en alguien —dijo Elizabeth—. ¿Por qué no habría de ser tan afortunado como Robert, que tiene una buena mujer y seis mil libras de capital?

—No debemos desear ser afortunados individualmente —replicó Emma—. La suerte de un miembro de una familia es la suerte de todos.

—La mía está por llegar, estoy segura —dijo Elizabeth, suspirando de nuevo al recordar a Purvis—. Ya he sufrido bastante. Y no sé si puedo decir lo mismo de ti, después de que nuestra tía se haya casado tan irreflexivamente. En todo caso, quizá disfrutes de un buen baile. Tras la siguiente curva llegaremos al puesto de portazgo; verás la torre de la iglesia alzarse sobre los setos, y el White Hart le queda cerca. Estoy deseando saber tu opinión sobre Tom Musgrave.

Esto fue lo último que se le pudo oír a la Srta. Watson antes de que atravesaran el puesto de peaje y llegaran al pavimento empedrado de la ciudad, cuyo ruido y bullicio hacían desaconsejable seguir la conversación. La vieja yegua continuó trotando pesadamente, sin que fuera preciso utilizar las riendas para indicarle dónde debía girar, y sólo se equivocó al intentar detenerse en la sombrerería antes de parar delante de la puerta del Sr. Edwards. Éste vivía en la mejor casa de la calle, y en la mejor del lugar, si admitimos que la mansión que el Sr. Tomlinson, el banquero, acababa de construirse al final de la ciudad, rodeada de arbustos y con un desvío propio, está, como él mismo dice, en el campo.

La casa del Sr. Edwards era más alta que la de casi todos sus vecinos, con

cuatro ventanas a ambos lados de la puerta; postes y cadenas defendían las ventanas, y un tramo de escalones de piedra conducía hasta la puerta.

—Ya hemos llegado —dijo Elizabeth, cuando el carruaje dejó de moverse—. Sanas y salvas, y por lo que marca el reloj del mercado sólo hemos tardado treinta y cinco minutos, lo que no está nada mal, aunque a Penélope le parecería que no tiene ningún mérito. ¿Verdad que es una ciudad muy bonita? Los Edwards tienen una mansión imponente, como puedes ver, y viven a lo grande. Verás cómo nos abre la puerta un criado con librea y el pelo empolvado.

Emma sólo había visto a los Edwards una mañana en Stanton, así que para ella eran prácticamente desconocidos y, aunque su espíritu no era en absoluto indiferente a los placeres que se preveían aquella noche, se sintió algo incómoda al pensar en los prolegómenos. Además, la conversación con Elizabeth, que le había dejado una sensación desagradable con respecto a su familia, la había vuelto más sensible y había incrementado su desasosiego por tener que intimar con personas a las que apenas conocía.

Nada en el comportamiento del Sr. y la Sra. Edwards la indujo a cambiar de opinión. La madre, aun siendo una mujer muy amable, tenía un aire reservado y una cortesía demasiado formal; y la hija, una elegante joven de veintidós años peinada con tirabuzones, parecía haber heredado naturalmente el estilo de su madre. Elizabeth no podía entretenerse, y dejó a Emma sola para que descubriera el verdadero carácter de aquellas mujeres. Algunos lánguidos comentarios sobre la probable brillantez del baile fue lo único que de tanto en tanto rompió un silencio de media hora, hasta que se les unió el hombre de la casa. El Sr. Edwards tenía un carácter mucho más llano y expansivo que las mujeres de su familia. Acababa de llegar de la calle y fue directo a contarles las últimas novedades. Tras dar la cordial bienvenida a Emma, se volvió a su hija y le dijo:

—Mary, te traigo buenas noticias. Está confirmado: los Osborne irán esta noche al baile. En White Hart han recibido orden de llevar caballos para dos carruajes al castillo de Osborne a eso de las nueve.

—Me alegro —comentó la Sra. Edwards—, porque su presencia dará prestigio a nuestra fiesta. Saber que los Osborne han asistido al primer baile de la temporada animará a muchos a ir al siguiente. Es más de lo que se merecen, porque en realidad no aportan nada al entretenimiento general; llegan muy tarde y se van enseguida. Pero los aristócratas siempre tienen su encanto.

El Sr. Edwards procedió a contarles otros detalles de los que se había enterado durante su paseo matutino. Charlaron animadamente hasta que a la Sra. Edwards le llegó el momento de arreglarse, y se instó a las jóvenes a que no perdieran tiempo. Emma fue conducida a una habitación muy confortable

y, cuando la Sra. Edwards pidió que la dejaran sola, comenzaron los gozosos preparativos que constituyen el primer placer de un baile. Las jóvenes, al vestirse prácticamente juntas, empezaron a conocerse mejor. Emma descubrió en la Srta. Edwards muestras de sensatez, una mente modesta y poco pretenciosa, y un gran afán por complacer. Cuando volvieron al salón, donde la Sra. Edwards las esperaba elegantemente ataviada con uno de los dos vestidos de seda que solía ponerse en invierno y el tocado que acababa de encargarse en la sombrerería, ambas se sentían mucho más relajadas y sonreían con más naturalidad que antes. Llegó el momento de examinar sus vestidos. La Sra. Edwards reconoció ser demasiado anticuada para aprobar cualquier extravagancia moderna, por muy autorizada que estuviera, y pese a observar con satisfacción el aspecto radiante de su hija, le expresó una admiración no exenta de reservas. El Sr. Edwards, no menos orgulloso de Mary, dedicó a Emma algunos cumplidos con jovial galantería. La conversación fue adquiriendo un tono más personal, y la Srta. Edwards preguntó educadamente a Emma si no solían decirle que se parecía mucho a su hermano pequeño. Emma creyó percibir un leve rubor acompañando a la pregunta, pero más aún le sorprendió el modo en que el Sr. Edwards se hizo cargo de la cuestión.

—Mary, creo que no le haces a Emma ningún cumplido —se apresuró a decir—. El Sr. Watson es un joven excelente y me atrevo a decir que un médico brillante, pero su tez ha estado demasiado expuesta a todo tipo de inclemencias para que resulte halagador parecerse a él.

Mary se disculpó, visiblemente turbada. No había creído que un gran parecido fuera en absoluto incompatible con diferentes grados de belleza. Dos rostros pueden parecerse mucho, aunque la tez e incluso los rasgos sean muy diferentes.

—Desconozco si mi hermano es apuesto o no —dijo Emma—, pues no le he visto desde que él tenía siete años, pero mi padre dice que nos parecemos mucho.

—¿El Sr. Watson? —exclamó el Sr. Edwards—. Vaya, me dejáis perplejo. No hay ni el más mínimo parecido; vuestro hermano tiene los ojos grises y vos, marrones; él tiene la cara alargada y la boca grande. Querida, ¿ves alguna semejanza?

—Ni la más mínima. La Srta. Emma Watson me recuerda mucho a su hermana mayor, y a veces veo en ella algún rasgo de Penélope. En un par de ocasiones he captado algún destello de Robert, pero no veo ningún parecido con Samuel.

—Veo clara la semejanza entre ella y la Srta. Elizabeth —replicó el Sr. Edwards—, pero no las demás. No creo que se parezca a nadie de su familia, excepto a la Srta. Watson, y estoy seguro de que no hay ningún parecido entre

ella y Sam.

Dando por zanjado el asunto, se fueron a cenar.

—Emma, vuestro padre y yo somos viejos amigos —dijo el Sr. Edwards, sirviéndole una copa de vino mientras se reunían en torno a la chimenea para tomar el postre—. Brindemos por que se mejore. Os aseguro que me preocupa mucho verlo tan enfermo. No conozco a nadie que disfrute tanto como él de una partida de cartas, y a muy pocos que jueguen mejor. Es una verdadera lástima que tenga que privarse de ese placer. Ahora que hemos organizado un pequeño club de whist y nos reunimos tres veces por semana en el White Hart, cuánto lo disfrutaría si su salud se lo permitiera.

—Señor, no me cabe duda, y desearía de todo corazón que estuviera en condiciones de hacerlo.

—Vuestro club sería más apropiado para un enfermo si no os quedarais hasta tan tarde —dijo la Sra. Edwards.

Aquél era un viejo motivo de queja.

—¡Hasta tan tarde, querida! ¿De qué estás hablando? —exclamó el marido, con firme jovialidad—. Siempre volvemos a casa antes de medianoche. En el castillo de Osborne se reirían si te oyeran decir eso. A esa hora ellos apenas acaban de terminar de cenar.

—Eso no tiene nada que ver —replicó su mujer, sin perder la calma—. Los Osborne no se rigen por los mismos criterios que nosotros. Haríais mejor en reuniros todas las noches y terminar dos horas antes.

La discusión había llegado muchas veces hasta ese punto, pero el Sr. y la Sra. Edwards eran lo bastante inteligentes para no ir más allá, de modo que el Sr. Edwards cambió de tema. Había vivido el tiempo suficiente en esa pequeña y ociosa ciudad para volverse un poco chismoso y, ansioso por conocer más detalles de la joven invitada que acababa de llegar a su casa, dijo:

—Emma, creo recordar muy bien a vuestra tía. Estoy seguro de haber bailado con ella en los viejos salones de Bath hará unos treinta años. Fue un año antes de casarme; era una mujer muy refinada, pero supongo que, como el resto de nosotros, habrá envejecido desde entonces. Espero que sea feliz en su segundo matrimonio.

—Yo también lo deseo —dijo Emma, algo turbada.

—El Sr. Turner se murió no hace mucho, ¿verdad?

—Hará unos dos años, señor.

—No recuerdo cómo se apellida ahora vuestra tía.

—O'Brien.

—¡Un apellido irlandés! ¡Ah, sí, ahora me acuerdo! Y se ha ido a vivir a Irlanda. No me sorprendería que no hubierais querido acompañarla a ese país, aunque debe de ser muy doloroso para ella verse privada de vuestra compañía. ¡Pobre mujer!, después de criaros como a su propia hija...

—Señor, no fui tan desagradecida como para no desear seguir a su lado —dijo Emma, emocionada—. Pero al capitán O'Brien no le pareció bien que yo los acompañara.

—¿Capitán? —repitió la Sra. Edwards—. ¿Entonces el caballero pertenece al ejército?

—Sí, señora.

—Desde luego, no hay nada como un oficial para cautivar a las damas, ya sean jóvenes o mayores. No hay forma de resistirse a un uniforme, querida.

—Espero que sí la haya —dijo muy seria la Sra. Edwards, lanzando una rápida mirada a su hija. Emma, que acababa de reponerse de su turbación, vio cómo se sonrojaba la Srta. Edwards y, recordando lo que Elizabeth había dicho del capitán Hunter, se preguntó quién gozaría de su favor, si el oficial o su hermano Sam.

—Las mujeres de cierta edad deberían ser prudentes a la hora de elegir marido por segunda vez —observó el Sr. Edwards.

—La prudencia y la discreción no deberían limitarse a las mujeres maduras ni a las segundas nupcias —añadió su mujer—. Son igualmente necesarias para las jóvenes cuando se casan por primera vez.

—E incluso más, querida —replicó él—, pues es probable que las jóvenes soporten las consecuencias durante más tiempo. Cuando una anciana toma una decisión absurda, no está en el curso natural de las cosas que sufra muchos años por ella.

Emma se enjugó una lágrima y la Sra. Edwards, al percatarse de ello, cambió de tema para hablar de algo que le resultara menos doloroso.

Sin nada que hacer más que esperar la hora de ponerse en marcha, la tarde se les hizo muy larga a las dos jóvenes, y la Srta. Edwards, a quien le incomodaba la costumbre que tenía su madre de salir tan pronto, no obstante aguardaba la hora con impaciencia. La merienda que les sirvieron a las siete supuso un pequeño respiro; afortunadamente, el Sr. y la Sra. Edwards acostumbraban a tomar un plato y una magdalena extra cuando iban a acostarse tarde, lo que prolongó el tentempié hasta casi el momento esperado.

Poco antes de las ocho oyeron pasar el carruaje de los Tomlinson, lo cual

servía habitualmente de señal a la Sra. Edwards para ordenar que trajeran el suyo delante de la puerta. En apenas unos minutos el grupo se vio conducido desde el silencio y la calidez de su acogedor salón al bullicio, el ruido y las corrientes de aire que se forman en el amplio corredor de una posada. La Sra. Edwards, muy atenta a su vestido, y más atenta aún a cubrir los hombros y la garganta de las dos jóvenes que tenía a su cargo, los guio por la ancha escalera, mientras el primer rasgueo de un violín fue el único ruido que bendijo los oídos de sus acompañantes. La Srta. Edwards se atrevió a preguntar si había llegado mucha gente, y el camarero le informó de lo que ya sabía: los Tomlinson estaban en el salón.

Al atravesar el pequeño pasillo que conducía al salón de baile, espléndidamente iluminado ante ellos, fueron abordados por un joven con traje de chaqué y botines que se hallaba a la puerta de uno de los dormitorios con el único propósito aparente de verlos pasar.

—¡Ah, Sra. Edwards! ¿Cómo estáis? ¿Y vos, Srta. Edwards? —exclamó con desenvoltura—. Veo que os habéis propuesto llegar pronto, como siempre. Acaban de encender las velas en este preciso momento.

—Sr. Musgrave, ya sabéis que me gusta conseguir un buen sitio frente a la chimenea —respondió la Sra. Edwards.

—Ahora mismo iba a cambiarme —dijo él—. Estoy esperando a mi estúpido ayudante. Este baile dará que hablar. Los Osborne van a asistir. Lo sé de buena tinta, porque esta mañana he estado con lord Osborne.

El grupo pasó al salón. La Sra. Edwards arrastró su vestido de seda por el pulido suelo hasta la chimenea situada al fondo de la sala, donde sólo había un grupo sentado, mientras tres o cuatro oficiales hacían tiempo, entrando y saliendo del salón de juego contiguo. Las dos familias vecinas se saludaron con gran formalidad y, cuando volvieron a sentarse, Emma, entre susurros, como correspondía a la solemnidad de la escena, le dijo a la Srta. Edwards:

—Entonces el caballero con el que nos hemos cruzado en el pasillo era el Sr. Musgrave, ¿verdad? Tengo entendido que muchos lo consideran encantador.

La Srta. Edwards respondió, vacilando:

—Sí, hay muchos que así lo creen, pero nosotros no lo conocemos demasiado.

—Es muy rico, ¿verdad?

—Creo que tiene una renta de ocho o nueve mil libras al año. La heredó cuando era muy joven, y mis padres creen que eso lo ha vuelto más inestable. No es su favorito, que digamos.

El aspecto frío y desierto del salón y el aire recatado del pequeño grupo de mujeres situadas al fondo pronto dio paso al brioso ruido de los carruajes. Una tras otra, empezaron a llegar jóvenes vestidas con gran elegancia (acompañadas de las respectivas señoras de compañía), seguidas de algún que otro caballero que, de no estar lo bastante enamorado para acercarse a alguna de esas hermosas criaturas, parecía encantado de escapar al salón de juego.

Entre el creciente número de oficiales, hubo uno que se dirigió con tal decisión hacia la Srta. Edwards que Emma pensó: «Este debe de ser el capitán Hunter». La joven, que no pudo evitar mirar a su amiga en un momento así, la vio tensa pero en absoluto disgustada y, después de escuchar cómo concedía al oficial los dos siguientes bailes, pensó que su hermano Sam no tenía ninguna posibilidad.

Entretanto Emma no había pasado inadvertida, y había suscitado gran admiración. Un rostro nuevo (y muy agraciado) no era algo que pudiera ignorarse. Su nombre corrió de boca en boca por todos los corrillos y, cuando la orquesta dio la señal, consistente en una popular melodía que parecía llamar a los jóvenes a cumplir con su deber y convocaba al resto de invitados al centro de la sala, se vio concediendo un baile a un oficial que le había presentado el capitán Hunter.

Emma Watson era de estatura mediana, lozana y bien proporcionada, de aspecto enérgico y saludable. Tenía la tez morena, pero limpia, tersa y luminosa, lo cual, junto con la vivacidad en la mirada, la dulzura en la sonrisa y la franqueza en el semblante, le daban una considerable belleza y un atractivo susceptible de aumentar con el trato. No hallando ninguna razón para sentirse a disgusto con su pareja, la velada comenzó para ella de forma muy agradable, y su sensación coincidió en todo punto con la opinión reiterada por el resto de invitados de que aquél era un baile magnífico. No habían terminado las dos primeras piezas cuando un ruido de carruajes volvió a llamar la atención general y un rumor empezó a recorrer la sala: «¡Llegan los Osborne! ¡Llegan los Osborne!». Tras varios minutos de gran revuelo en el exterior y expectante curiosidad en el interior, hizo su entrada la ilustre comitiva, precedida por el posadero, que, solícito, acudió a abrirles una puerta que nunca estaba cerrada. Componían el grupo lady Osborne; su hijo, lord Osborne; su hija, la Srta. Osborne; la Srta. Carr, amiga de esta última; el Sr. Howard, antiguo preceptor de lord Osborne y ahora clérigo de la parroquia a la que pertenecía el castillo; la Sra. Blake, la hermana viuda que vivía con él; el hijo de ésta, un niño muy guapo de unos diez años; y el Sr. Tom Musgrave, que, aprisionado en su propio cuarto, probablemente se había pasado la última media hora escuchando la música con amarga impaciencia. De camino al salón se detuvieron detrás de Emma para recibir los cumplidos de algún conocido, y la joven oyó a lady Osborne comentar que habían decidido llegar pronto para

contentar al hijo de la Sra. Blake, que era un gran aficionado al baile. Emma los observó a su paso, y se fijó especialmente en Tom Musgrave, que sin duda era un joven muy apuesto y elegante. De entre las damas, lady Osborne era con mucho la más distinguida; pese a rondar la cincuentena, era muy agraciada y tenía la dignidad propia de su rango.

Lord Osborne era un joven bien parecido, pero había en él un deje de frialdad, de descuido y hasta de desaliño, que revelaba que se hallaba fuera de su elemento en aquel salón. En realidad sólo había asistido porque le interesaba complacer a los habitantes del condado. No era demasiado aficionado a andar entre mujeres, y nunca bailaba. El Sr. Howard era un hombre de poco más de treinta años y aspecto agradable.

Después de los dos primeros bailes, Emma se vio sentada, sin saber por qué, entre el grupo de los Osborne; inmediatamente le impresionaron el hermoso rostro y los expresivos gestos del niño, que se había situado delante de su madre, preguntándose cuándo empezarían a bailar.

—No os sorprenderá la impaciencia de Charles —dijo la Sra. Blake, una mujer de treinta y cinco o treinta y seis años, menuda y vivaz, a una dama que estaba a su lado—, si os digo quién va a ser su pareja. La Srta. Osborne ha tenido la gentileza de prometernos que le concederá los dos primeros bailes.

—¡Oh, sí! Me lo ha prometido esta semana —dijo el muchacho—. Y pasaremos entre el resto de parejas.

Al otro lado de Emma, la Srta. Osborne, la Srta. Carr y un grupo de jóvenes caballeros debatían animadamente alguna cuestión, y poco después vio al oficial más elegante del grupo dirigirse a la orquesta para pedir que empezara el baile, mientras la Srta. Osborne, al pasar delante de ella para llegar hasta donde se encontraba su pequeña y expectante pareja de baile, dijo apresuradamente:

—Charles, te ruego que me disculpes por no mantener mi promesa, pero voy a bailar estas dos piezas con el coronel Beresford. Sé que me perdonarás, y te prometo que bailaré contigo después del té.

Sin esperar respuesta, volvió con la Srta. Carr y un minuto después fue conducida junto al Coronel para abrir el baile. Si el rostro resplandeciente del pequeño había interesado vivamente a Emma, le interesó infinitamente más tras verle sufrir aquel inesperado revés. Era la viva imagen de la decepción, con las mejillas sonrojadas, los labios temblorosos y la mirada gacha. Su madre, reprimiendo su propio bochorno, trató de aliviar el del muchacho con la perspectiva de la segunda promesa de la Srta. Osborne; pero aunque él, en una demostración de coraje infantil, logró balbucear: «¡Bah, no importa!», era evidente por sus gestos de turbación que sí le importaba, y mucho.

Emma ni se lo pensó; sintió y actuó en consecuencia.

—Será un placer bailar con vos, si así lo deseáis —dijo, ofreciéndole su mano con la mayor naturalidad y simpatía.

El muchacho, recobrando al instante la ilusión, miró regocijado a su madre y, dando un paso adelante mientras decía «gracias, señora», se dispuso a acompañar a su nueva pareja. La gratitud de la Sra. Blake fue más efusiva. Con una expresiva mirada de alegría inesperada y ferviente agradecimiento, se volvió hacia Emma con repetidos y expresivos gestos de reconocimiento por tanta y tan amable gentileza hacia su hijo. La joven le respondió con total sinceridad que no podía dar un placer mayor que el que ella misma sentía y, después de que a Charles le pusieran los guantes y le recordaran que no debía quitárselos, se unieron casi con igual regocijo al grupo que estaba formándose rápidamente. La pareja difícilmente podía pasar inadvertida, y la Srta. Osborne y la Srta. Carr lanzaron una mirada descarada a Emma al cruzarse con ellos en el baile.

—Caramba, Charles, estás de suerte —dijo aquélla, volviéndose hacia él—. Has encontrado una pareja mejor que yo.

A lo que el niño, exultante, contestó:

—Pues sí.

Tom Musgrave, que estaba bailando con la Srta. Carr, lanzó a Emma varias miradas intrigadas, y al cabo de un rato se acercó lord Osborne en persona, quien, con la excusa de querer hablar con Charles, se quedó observando a su pareja. Aunque bastante turbada por este examen, Emma no se arrepentía de su decisión, tan felices había hecho al muchacho y a su madre. Ésta aprovechó cualquier ocasión para dirigirse a ella con la más afectuosa cortesía. En cuanto a su pequeño compañero, aunque concentrado principalmente en el baile, no se mostró reacio a hablar cuando las preguntas o comentarios de Emma le invitaron a hacerlo, y así ella se enteró de que tenía dos hermanos y una hermana, que vivían todos juntos con su tío en Wickstead, que éste le había enseñado latín, que le encantaba montar a caballo, que lord Osborne le había regalado uno y que ya había salido una vez de caza con los perros del castillo.

Al término de esos bailes Emma se percató de que iban a servir el té. La Srta. Edwards le indicó que no se alejara, como si fuera muy importante para ella tenerla cerca cuando pasaran al salón de té, así que Emma estuvo atenta para encontrarle un lugar apropiado. Para los invitados siempre era un placer disfrutar de un poco de bullicio y alboroto al levantarse a por un refresco. El salón de té era una pequeña estancia dentro del salón de juego y, al atravesar este último entre el estrecho espacio que dejaban las mesas, la Sra. Edwards y sus acompañantes quedaron bloqueados por unos instantes. Cerca de la mesa

de juego de lady Osborne ocurrió lo siguiente: el Sr. Howard, que iba con el grupo, estaba hablando con su sobrino y Emma, al darse cuenta de que tanto él como lady Osborne la estaban observando, desvió la mirada para que no pareciera que había oído al niño exclamar entusiasmado:

—¡Tío, mira mi pareja! ¿A que es muy guapa?

Pero, al ponerse nuevamente en movimiento, Charles recibió orden de apresurarse, y no tuvo tiempo de obtener una respuesta de su tío. Al entrar en el salón de té, en el que se habían dispuesto dos largas mesas, pudieron ver a lord Osborne sentado sólo al final de una de ellas, como alejándose lo más posible del baile para entregarse a sus pensamientos y bostezar a su antojo. Charles lo señaló rápidamente, mientras decía a Emma:

—Ahí está lord Osborne. ¿Por qué no nos sentamos con él?

—No, no —dijo Emma, riendo—. Sois vos quien debe sentarse con mis amigos.

Charles ya se sentía con la suficiente confianza para atreverse a hacer alguna pregunta:

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¡Las once! No tengo ni pizca de sueño. Mamá dijo que no aguantaría hasta las diez. ¿Cree que la Srta. Osborne cumplirá su palabra después del té?

—Oh, seguro que sí —respondió Emma, pensando que la Srta. Osborne se sentiría obligada por haber roto su anterior promesa.

—¿Cuándo vendréis al castillo de Osborne?

—Probablemente nunca. No conozco a la familia.

—Pero podéis venir a Wickstead a ver a mamá, y ella puede llevaros al castillo. Hay allí un zorro disecado de lo más curioso, y un tejón. Cualquiera diría que están vivos. Es una pena que no los veáis.

Al levantarse de la mesa se formó de nuevo cierto revuelo por ver quién salía primero, que aumentó debido a que uno o dos grupos habían acabado de jugar a las cartas en ese momento y se disponían a avanzar en sentido contrario. Entre ellos estaba el Sr. Howard, que llevaba del brazo a su hermana; al llegar cerca de Emma, la Sra. Blake llamó su atención con una afectuosa palmada y le dijo:

—Mi querida Srta. Watson, la gentileza que habéis tenido con Charles hace que toda la familia quede en deuda con vos. Permitidme que os presente a mi hermano.

Emma hizo una reverencia, el caballero respondió del mismo modo y se apresuró a pedirle que le hiciese el honor de concederle los dos siguientes bailes, a lo que Emma accedió con igual prontitud antes de que ambos fueran arrastrados en direcciones opuestas. Emma se sintió muy complacida con la situación; el Sr. Howard tenía un aire de serena alegría y caballerosidad que le agradaba. Pocos minutos después su compromiso cobró más valor cuando, sentada en el salón de juego y medio tapada por una puerta, oyó cómo lord Osborne, sentado en una mesa cercana, llamaba a Tom Musgrave y le decía:

—¿Por qué no bailáis con esa joven tan bonita, Emma Watson? Quiero que lo hagáis. Yo me acercaré y me quedaré a vuestro lado.

—Iba a hacerlo en este momento. Ahora mismo haré que me presenten y bailaré con ella.

—Sí, hacedlo, y si veis que no es muy habladora, podéis presentarme más tarde.

—Muy bien, señor, pero si es como sus hermanas sólo querrá que la escuchen. Voy ahora mismo. La encontraré en el salón de té. La vieja y estirada Sra. Edwards suele tardar una eternidad en tomarlo.

Y allá que se fue, seguido de lord Osborne. Emma no perdió ni un instante en salir apresuradamente de su rincón en dirección opuesta, olvidando con las prisas que dejaba atrás a la Sra. Edwards.

—Por poco os perdemos —dijo la Sra. Edwards, que la alcanzó con Mary cinco minutos después—. Si preferís esta sala a la otra, no hay razón para que no estéis aquí, pero es mejor que permanezcamos juntas.

Emma no tuvo ocasión de disculparse, pues en ese momento se unió a ellas Tom Musgrave, que, pidiendo en voz alta a la Sra. Edwards que le hiciera el honor de presentarle a la Srta. Emma Watson, no dejó otra opción a la buena mujer, que sólo pudo mostrar su desagrado desplegando la mayor frialdad. Sin más preámbulos, el joven le pidió a Emma que le concediera un baile y, aunque a Emma le agradaba que los demás, lores o plebeyos, la considerasen bonita, estaba tan poco predispuesta a favorecer a Tom Musgrave que disfrutó enormemente al confesarle que se lo había prometido a otro caballero. Él quedó visiblemente sorprendido y decepcionado. Tras ver a su última pareja probablemente había pensado que a Emma no le habían llovido las peticiones de baile.

—Mi pequeño amigo Charles Blake —exclamó— no pensará que va a acapararos toda la noche. No podemos permitirlo. Va en contra de la reglas de esta fiesta y estoy seguro de que nuestra buena amiga la Sra. Edwards no lo autorizará. Tiene demasiado sentido del decoro para aprobar una excepción tan peligrosa.

—Señor, no voy a bailar con el señorito Blake.

Tom Musgrave, bastante desconcertado, no tuvo más remedio que esperar una ocasión más propicia, y pareció poco dispuesto a irse, a pesar de que, como Emma pudo ver con regocijo, su amigo lord Osborne esperaba en la entrada el resultado de su misión. El joven comenzó a preguntarle educadamente por su familia.

—¿Cómo es que no tenemos el placer de ver esta noche a vuestras hermanas? Nuestras fiestas han sido tan honradas con su presencia que no sé cómo hemos de tomarnos este abandono.

—Mi hermana es la única que está en casa, y no puede dejar solo a mi padre.

—¿La Srta. Watson la única que está en casa? Me sorprendéis. Creía haber visto a las tres en la ciudad anteayer. No obstante, me temo que últimamente he dejado mucho que desear como vecino. Oigo terribles quejas sobre mi abandono allá donde voy, y confieso avergonzado que llevo una eternidad sin ir a Stanton. Pero a partir de ahora trataré de enmendarlo.

La serena reverencia con que respondió Emma debió de sorprender a Tom Musgrave por parecerle muy distinta de las alentadoras efusiones que solían prodigarle sus hermanas, y probablemente le hizo dudar por primera vez de su poder de seducción y desear que ella mostrara más interés por él. Entonces volvió a sonar la música y la Srta. Carr urgió a los invitados a que se pusieran en pie. Tom Musgrave vio satisfecha su curiosidad al ver al Sr. Howard avanzar y tomar de la mano a Emma.

—Eso también servirá a mis intereses —fue el comentario de lord Osborne cuando su amigo le llevó la noticia.

Y se pasó los dos bailes pegado a Howard. Sus continuas apariciones fueron lo único desagradable para Emma y la única objeción que pudo hacer al Sr. Howard, quien resultó ser tan agradable como aparentaba. Aunque hablara de los temas más manidos, se expresaba con tal cordura y sencillez que los hacía parecer interesantes, y Emma sólo lamentó que no hubiera sido capaz de enseñar a su alumno unos modales tan impecables como los suyos. Los dos bailes se le pasaron volando, y eso mismo le dijo su pareja. Cuando terminaron, los Osborne y su séquito se pusieron en marcha.

—Por fin nos vamos —dijo lord Osborne a Tom.

—¿Cuánto tiempo vais a quedaros en este lugar celestial? ¿Hasta el amanecer?

—¡Oh, no, señor! Ya he tenido bastante, os lo aseguro. No me dejaré ver más por aquí cuando haya tenido el honor de acompañar a lady Osborne a su

carruaje. Me retiraré tan discretamente como pueda al rincón más remoto de la casa, donde encargaré unas ostras y me pondré cómodo.

—Venid a verme pronto al castillo para contarme qué aspecto tiene esa joven a la luz del día.

Emma y la Sra. Blake se despidieron como viejas amigas, y Charles le estrechó la mano y le dijo adiós al menos doce veces. La Srta. Osborne y la Srta. Carr le hicieron una rápida reverencia al pasar junto a ella, y hasta lady Osborne le lanzó una mirada complacida. Cuando los demás hubieron salido de la habitación, lord Osborne regresó y, rogándole que «le disculpara», se puso a buscar en el banco junto a la ventana, detrás de ella, los guantes que llevaba claramente en la mano. Puesto que nadie volvió a ver a Tom Musgrave, podemos suponer que llevó a cabo su plan e imaginarlo triste y solo, mortificándose con su ración de ostras, o ayudando gustosamente a la patrona a preparar más ponche para los alegres bailarines del piso de arriba. Emma no pudo evitar echar en falta al grupo que la había distinguido, aunque no siempre de forma agradable. Las dos piezas que siguieron y con las que concluyó el baile resultaron bastante insulsas en comparación con el resto. Fueron de los últimos en retirarse, pues el Sr. Edwards había sido afortunado en el juego.

—Bueno, ya estamos de vuelta —dijo Emma con tristeza al entrar en el comedor de los Edwards, donde había una mesa preparada y una impecable doncella encendía las velas.

—Mi querida Srta. Edwards, ¡qué pronto se ha acabado! Me gustaría que todo volviera a empezar.

Era evidente que había disfrutado mucho de la velada, y el Sr. Edwards fue tan efusivo como ella al elogiar el esplendor, la brillantez y la animación de la fiesta, aunque, puesto que él no se había movido de la misma mesa en el mismo cuarto, y apenas había cambiado una vez de silla, su opinión pudiera parecer poco fundada. Pero había ganado cuatro partidas de cinco, y todo había resultado bien. Su hija se vio favorecida por el buen humor de su padre en el curso de la conversación que siguió a la tan deseada sopa.

—Mary, ¿cómo es que no bailaste con ninguno de los Tomlinson? —preguntó su madre.

—Tenía comprometido el baile cuando me lo pidieron.

—Pensaba que bailarías los dos últimos con el Sr. James. La Sra. Tomlinson me dijo que iba a pedírtelo, y me pareció oírte decir dos minutos antes que no los tenías comprometidos.

—Sí, pero hubo un error. Había entendido mal. No sabía que los había

comprometido. Pensaba que había concedido los dos siguientes, si por entonces no nos habíamos ido, pero el capitán Hunter me aseguró que le había prometido justo esos dos.

—Así que terminaste bailando con el capitán Hunter, ¿no? —dijo su padre—. ¿Y con quién empezaste?

—Con el capitán Hunter —repitió ella, humillando la voz.

—¡Hum! Pues sí que bailaste con él. ¿Y con quién más?

—Con el Sr. Norton y con el Sr. Styles.

—¿Y quiénes son?

—El Sr. Norton es primo del capitán Hunter.

—¿Y el Sr. Styles?

—Uno de sus mejores amigos.

—Todos del mismo regimiento —añadió la Sra. Edwards—. Mary se ha pasado toda la velada rodeada de uniformes. Sinceramente, hubiera preferido verla bailar con alguno de nuestros vecinos.

—Claro, claro. No debemos descuidar a nuestros vecinos. Pero si estos soldados son más rápidos que los demás en un salón de baile, ¿qué quieres que hagan las jovencitas?

—Creo que eso no justifica que concedan tantos bailes por adelantado, Sr. Edwards.

—Puede que no, pero me acuerdo perfectamente, querida, de cuando tú y yo hacíamos lo mismo.

La Sra. Edwards no dijo más, y Mary volvió a respirar, aliviada. A esto siguieron no pocas chanzas y comentarios jocosos, y Emma se fue a la cama exultante y con la cabeza llena de Osbornes, Blakes y Howards.

El día siguiente trajo una gran cantidad de visitas. Era costumbre del lugar ir a ver a la Sra. Edwards la mañana siguiente al baile, y en esta ocasión era tal la curiosidad suscitada por Emma que el número de visitas aumentó, pues todos querían volver a ver a la joven que había deslumbrado a lord Osborne la noche anterior. Muchos fueron los ojos, y distintos los grados de aprobación con los que fue examinada. Unos no le encontraron ninguna falta, otros ninguna belleza. Para algunos, su tez morena le quitaba toda gracia y otros pensaban que no era la mitad de bonita que su hermana Elizabeth diez años atrás. La mañana se fue volando mientras comentaban los pormenores del baile con las sucesivas visitas, y Emma se sorprendió al descubrir que eran las dos y no tenía noticias del carruaje de su padre. Este pensamiento la había

hecho acercarse dos veces a la ventana para inspeccionar la calle, y a punto estaba de pedir permiso para llamar a un criado y hacer algunas averiguaciones cuando el ruido de un carruaje que se detuvo ante la puerta la tranquilizó. Se acercó de nuevo a la ventana pero, en vez del práctico y tosco coche familiar, vio una flamante carriola. Poco después un criado anunció al Sr. Tom Musgrave, y la Sra. Edwards lo recibió con su expresión más severa. En absoluto intimidado por tal muestra de frialdad, el joven saludó con desenvoltura a cada una de las damas y, dirigiéndose a Emma, le entregó una carta que «tenía el honor de traer de parte de su hermana, a la que él debía no obstante añadir algo».

La nota, que Emma ya había empezado a leer antes de que la Sra. Edwards le invitara a hacerlo sin preámbulos, contenía unas breves líneas de Elizabeth informándole de que su padre, encontrándose mejor de lo habitual, había decidido de improviso visitar a unos amigos ese mismo día y que, puesto que su camino quedaba muy lejos de D., Emma no podría regresar hasta la mañana siguiente, a menos que los Edwards la llevaran —lo que era muy improbable—, o encontrara acomodo en algún vehículo que se dirigiera a Stanton, o no le importara recorrer una distancia tan larga a pie. No había terminado de leer la carta cuando se vio obligada a escuchar lo que Tom Musgrave quería decirle.

—La Srta. Watson me entregó esta nota hace apenas diez minutos —dijo—. Me encontré con ella en Stanton, adonde mi buena estrella me hizo conducir a mis caballos. En ese momento estaba intentando pagar a alguien para que os trajera el recado, y logré convencerla de que no encontraría mensajero más rápido ni servicial que yo. Fijaos que no hablo de desinterés. Mi recompensa es el placer de llevaros a Stanton en mi carriola. Aunque no figuren en la nota, os traigo las mismas instrucciones de parte de vuestra hermana.

Emma quedó disgustada. No le agradaba la propuesta, pues no quería entrar en demasiada intimidad con quien la formulaba; pero temía abusar de la generosidad de los Edwards, y deseaba tanto volver a casa que no sabía si podría declinar aquel ofrecimiento. La Sra. Edwards permanecía en silencio, como si no entendiera la situación o esperara a ver cuáles eran las intenciones de la joven. Emma dio las gracias a Tom Musgrave, pero le reiteró que no quería causarle ninguna molestia.

—En absoluto. Será para mí un honor y un placer. ¿Qué otra cosa mejor que hacer tenemos mis caballos y yo?

Pero Emma no se decidía y finalmente le rogó que «la excusara por rechazar su amable ofrecimiento, pero le daba bastante miedo el tipo de carruaje, y su casa no quedaba tan lejos para que no pudiera ir caminando». Entonces habló la Sra. Edwards, quien, tras informarse de algunos detalles,

dijo:

—Emma, estaremos encantados de disfrutar de vuestra compañía hasta mañana, pero en cualquier caso tenéis el carruaje a vuestra disposición, y a Mary le hará ilusión ver de nuevo a vuestra hermana.

Esto es precisamente lo que Emma estaba deseando escuchar, y aceptó agradecida el ofrecimiento, reconociendo que, puesto que Elizabeth estaba sola, le gustaría llegar a casa para cenar. El visitante se opuso gentilmente a aquel plan.

—No puedo tolerarlo de ninguna manera. No debéis privarme del placer de escoltaros. Os aseguro que no tenéis por qué temer a mis caballos. Vos misma podríais guiarlos. Vuestras hermanas saben lo mansos que son y ninguna de ellas tiene el menor reparo en subir conmigo, ni siquiera en la pista del hipódromo. Creedme —añadió, bajando la voz—, estáis a salvo conmigo; soy yo quien corre peligro.

Eso no hizo que Emma se sintiera más dispuesta a complacerle.

—Y os aseguro que es algo insólito que salga el carruaje de la Sra. Edwards el día siguiente a un baile. Que yo sepa, sería la primera vez. El viejo cochero se enfurecerá tanto como sus caballos, ¿verdad, Srta. Edwards?

No obtuvo respuesta. Las damas guardaron un firme silencio, y el joven no tuvo más remedio que darse por vencido.

—¡Qué baile tan memorable el de anoche! —exclamó, tras una breve pausa—. ¿Os quedasteis mucho tiempo después de que los Osborne y yo nos fuéramos?

—Dos bailes más.

—Encuentro muy fatigoso quedarse hasta tan tarde. Supongo que vuestro grupo no sería muy numeroso.

—Se equivoca; sólo faltaban los Osborne, y todo el mundo bailó con más animación de la habitual hasta el final.

Emma fue quien dio esta respuesta, aunque iba en contra de su conciencia.

—¡Vaya! Quizá debería haber vuelto. De haberlo sabido... En realidad prefiero bailar a no hacerlo. La Srta. Osborne es una joven encantadora, ¿verdad?

—A mí no me parece hermosa —replicó Emma, a quien iba dirigido todo aquello.

—Tal vez no sea lo que se entiende por una belleza, pero sus maneras son deliciosas. Y Fanny Carr es una jovencita de lo más atractiva. ¿Se puede

imaginar a alguien más naïve o piquante? ¿Y qué opináis de lord Osborne, Srta. Watson?

—Sería apuesto aunque no fuera lord, y puede que más educado y deseoso de complacer y mostrarse complacido.

—¡Caramba, en verdad sois severa con mi amigo! Os aseguro que lord Osborne es un tipo estupendo.

—No discuto sus virtudes, pero no me gusta su aire desdeñoso.

—Si no temiera abusar de vuestra confianza —replicó Tom, con gesto pretencioso—, quizá conseguiría que tuvierais una opinión más favorable del pobre Osborne.

Emma no le incitó a hacerlo, y el joven se vio obligado a guardar el secreto de su amigo, así como a poner fin a su visita, pues la Sra. Edwards había ordenado que tuvieran listo su carruaje, y Emma no tenía tiempo que perder en los preparativos para marchar. La Srta. Edwards la acompañó hasta Stanton, pero, puesto que llegaron a la hora de cenar, apenas se quedó unos minutos.

—Querida Emma —le dijo su hermana en cuanto estuvieran solas—, ahora tendrás que contarme todos los detalles del baile o no te dejaré en paz. Pero, primero, que Nanny traiga la cena. ¡Pobre! No será como la de ayer, pues no queda más que un poco de carne. ¡Qué adorable está Mary Edwards con su abrigo nuevo! Y ahora cuéntame qué te parecieron todos, y qué debo decirle a Sam. Ya he empezado a escribir la carta. Jack Stockes vendrá a recogerla mañana, porque su tío pasará cerca de Guildford al día siguiente.

Nanny trajo la cena.

—Nos serviremos nosotras mismas —prosiguió Elizabeth—, y así no perderemos tiempo. Entonces, ¿no volviste a casa con Tom Musgrave?

—No. Hablaste tan mal de él que no me apetecía sentirme en deuda ni tener que hablar con él por venir en su carruaje. Tampoco me habría gustado lo que eso habría dado a entender.

—Hiciste muy bien, aunque me maravilla tu entereza; no creo que yo hubiera actuado como tú. Parecía tan ansioso por traerte que no pude decirle que no, aunque me disgustaba dejaros a solas, conociendo sus mañas. Pero tenía tantas ganas de verte que me pareció una buena manera de que te trajeran a casa. Además, de nada sirve ser muy amable. Nadie habría pensado que los Edwards te dejarían utilizar su carruaje después de sacar los caballos la noche anterior. Pero, dime, ¿qué debo decir a Sam?

—Si te fías de mi opinión, no le animes a pensar en la Srta. Edwards. Tiene al padre decididamente en su contra, la madre no le muestra ningún favor y dudo que Mary se interese por él. Bailó dos veces con el capitán Hunter, y

creo que le muestra todo el favor que le permiten su temperamento y condición. Mencionó una vez a Sam, y algo turbada, es cierto, pero puede que se debiera únicamente a que sabe lo que siente por ella, pues es muy probable que esté enterada.

—¡Oh, sí, querida! Nos lo ha oído decir en más de una ocasión. ¡Pobre Sam! Tiene tan poca suerte como otros muchos. No puedo evitar sufrir por los desafortunados en amores. Pero, vamos, cuéntame todo lo que pasó.

Emma obedeció, y Elizabeth la escuchó sin apenas interrumpirla hasta que le oyó decir que había bailado con el Sr. Howard.

—¿Que has bailado con el Sr. Howard? ¡Santo cielo! ¡Si es uno de los más ilustres! ¿No te pareció demasiado estirado?

—Sus modales me hicieron sentir más cómoda y relajada que los de Tom Musgrave.

—Sigue, sigue... ¿Qué más? A mí me habría dado pánico tener algún contacto con el grupo de los Osborne.

Emma concluyó su relato.

—¿Así que no bailaste en ningún momento con Tom Musgrave? Pero seguro que te gustó y que te dejó impresionada.

—Te equivocas, Elizabeth. Admito que su porte y su apariencia son buenos, y sus modales y dicción agradables, pero no veo en él nada más que deba admirar. Al contrario, me parece muy vano y engreído. Su ansia por distinguirse es absurda, y las decisiones que toma a tal efecto, despreciables. Hay algo ridículo en él que me divierte, pero esa es la única sensación agradable que me produce su compañía.

—¡Querida Emma, eres única! Suerte que Margaret no está aquí. A mí no me ofendes, aunque me cuesta creerte, pero Margaret nunca te perdonaría esas palabras.

—Me gustaría que ella le hubiera oído decir que ignoraba su ausencia. Dijo que le parecía haberla visto hace tan sólo dos días.

—Eso es muy típico de él. Y sin embargo, ése es el hombre que Margaret imagina locamente enamorado de ella. No es santo de mi devoción, como sabes, pero por fuerza ha de parecerte agradable. ¿Puedes poner la mano en el corazón y decir que no es así?

—Claro que puedo. Y las dos manos, si quieres, y además extendidas.

—Me gustaría saber qué hombre te resulta agradable.

—Se llama Howard.

—¡Howard! ¡Cielos! Sólo puedo imaginarlo con aire presuntuoso y jugando a las cartas con lady Osborne. No obstante, he de reconocer que me alivia oírte hablar así de Tom Musgrave. Sospechaba que te sentirías atraída por él. Habías hablado con tal rotundidad antes del baile que temí que acabaras pagando tu jactancia. Sólo deseo que sigas así y que él no te preste demasiada atención. No es fácil para una mujer ser indiferente a los requiebros y halagos de un hombre cuando éste se propone conquistarla.

Cuando concluyeron su amena y tranquila cena, la Srta. Watson no pudo dejar de señalar lo agradable que le había resultado.

—Me parece maravilloso —dijo— que todo transcurra en paz y buen humor. Nadie sabe cuánto odio discutir. Y aquí, a pesar de que sólo quedaba un poco de carne, ¡qué bien me ha parecido todo! Ojalá los demás se contentaran tan fácilmente como tú, pero la pobre Margaret es muy irritable y Penélope reconoce que prefiere una discusión al silencio.

El Sr. Watson volvió por la noche sin acusar el esfuerzo de la jornada y, por consiguiente, contento de lo que había hecho y con ganas de contarlo en torno a la chimenea. Emma no había supuesto que se sentiría particularmente interesada por ninguno de los detalles de su visita, pero cuando oyó que el Sr. Howard se encargó de decir la homilía y que había pronunciado un sermón excelente, no pudo evitar escuchar con más atención.

—No recuerdo haber oído un sermón más juicioso ni mejor expresado —prosiguió el Sr. Watson—. El Sr. Howard lee con extraordinaria corrección y de un modo que impresiona, sin aspavientos ni gestos teatrales. Reconozco que no soy partidario de demasiada acción en el púlpito. No me gustan la afectación ni el tono artificial que suelen adoptar vuestros predicadores más populares y admirados. Una oratoria sencilla inspira mucha más devoción y revela mejor gusto. El Sr. Howard lee como un erudito y un caballero.

—¿Y qué habéis cenado, padre? —preguntó su hija mayor.

El Sr. Watson les relató los diferentes platos y lo que él había comido.

—En términos generales he pasado un día muy agradable —añadió—. Mis viejos amigos se sorprendieron bastante al verme, y he de decir que todo el mundo se interesó mucho por mí y pareció compadecerse de verme tan inválido. Me buscaron un asiento cerca de la chimenea y, como las perdices estaban algo picantes, el Dr. Richards hizo que se las llevaran al otro extremo de la mesa «para que no molestaran al Sr. Watson», lo que me pareció un detalle por su parte. Pero lo que más me agradó fue el interés que se tomó el Sr. Howard. Hay un tramo de escaleras bastante empinado hasta el salón que resulta un problema para mi gota, y el Sr. Howard me ofreció el brazo y me ayudó a subirlo. Me sorprendió tanta gentileza en alguien tan joven, y lo cierto

es que no me la esperaba, pues no lo había visto en mi vida. Por cierto, me preguntó por una de mis hijas, pero ignoro a cuál se refería. Supongo que vosotras lo sabréis.

Tres días después del baile, a las tres menos cinco, Nanny se disponía a llevar al salón la bandeja y el estuche de los cuchillos cuando tuvo que acudir a la puerta principal al oír un golpe seco como de una fusta. Aunque la Srta. Watson le había dicho que no dejara entrar a nadie, volvió al cabo de medio minuto, incómoda y azorada, para abrir la puerta del salón a lord Osborne y Tom Musgrave. Se puede imaginar la sorpresa de las jóvenes. Ningún visitante habría sido bienvenido en esos momentos, pero visitas como aquéllas —al menos la de lord Osborne, un extraño para la familia— resultaban verdaderamente embarazosas.

Él mismo parecía incómodo cuando, al ser presentado por su desenvuelto y locuaz amigo, murmuró algo acerca de que sería para él un honor saludar al Sr. Watson. Aunque Emma no podía sino considerar que el honor de la visita tenía que ver con ella, estaba lejos de alegrarse. Percibía el contraste entre un personaje como aquél y el humilde estilo de vida que se veían obligados a llevar y, estando acostumbrada en casa de su tía a muchos lujos, era muy consciente de todo lo que en su casa familiar debía de resultar ridículo a gente más pudiente. Elizabeth era ajena a tales tribulaciones. Su mente más simple o su mayor sensatez le evitaban esa mortificación y, aunque encogida por un sentimiento de inferioridad, no sintió especial vergüenza. El Sr. Watson, como los caballeros ya habían sido informados por Nanny, no se hallaba en condiciones de bajar. Dando muestras de preocupación por él, tomaron asiento; lord Osborne cerca de Emma y el Sr. Musgrave, muy pagado de sí mismo, al otro lado de la chimenea, junto a Elizabeth. No es que a lord Osborne le costara entablar conversación, pero tras haber dicho que esperaba que Emma no hubiese cogido frío en el baile, no supo qué más añadir y sólo pudo regalarse la vista lanzando alguna que otra mirada a su bella acompañante. Emma no estaba dispuesta a hacer demasiados esfuerzos por entretenerle y, después de mucho pensar, lord Osborne comentó que hacía un día estupendo, y añadió:

—¿Habéis salido esta mañana?

—Oh, no, no queríamos ponernos perdidas de barro.

—Deberíais llevar botines. Los de nanquín impermeabilizados con betún negro quedan estupendos. ¿No os gustan los botines?

—Sí, pero no están hechos para andar por el campo, a menos que sean tan resistentes que pierdan su finura.

—Las mujeres deberían salir a caballo cuando llueve. ¿Sabéis montar?

—No, señor.

—No entiendo por qué no lo hacen todas las mujeres. Nunca están tan hermosas como a caballo.

—Puede que no todas tengan la afición o los medios.

—Si supieran cuánto les favorece, todas tendrían afición a montar; e imagino, Srta. Watson, que una vez tuvieran afición no tardarían en encontrar los medios.

—Vos creéis que siempre actuamos por nuestra cuenta. Ése es un punto en el que los hombres y las mujeres llevamos largo tiempo discrepando. Sin pretender resolverlo, diré que hay circunstancias que ni siquiera las mujeres pueden controlar. La capacidad de ahorro de las mujeres podrá conseguir muchas cosas, señor, pero no puede convertir una renta pequeña en una grande.

Lord Osborne no supo qué responder. Emma no había sido sentenciosa ni sarcástica, pero había algo en su templada seriedad, así como en sus palabras, que lo dejó pensativo y, cuando volvió a dirigirse a ella, lo hizo con respetuoso decoro, muy distinto del tono torpe e imprudente que había empleado anteriormente. El deseo de querer agradar a una mujer era nuevo en él. Por primera vez se había percatado del respeto que se debía a una mujer en la situación de Emma y, puesto que no carecía de inteligencia ni de buena disposición, ese descubrimiento tuvo sus efectos.

—Tengo entendido que no lleváis mucho por aquí —dijo, en tono caballeroso—. Espero que esto os resulte agradable.

Lord Osborne fue recompensado con una gentil respuesta, y pudo contemplar el rostro de Emma con más libertad y detalle que nunca hasta entonces. Poco habituado a esforzarse, y feliz de admirar a la joven, permaneció en silencio, mientras Tom Musgrave conversaba con Elizabeth, hasta que fueron interrumpidos por Nanny, que, entreabriendo la puerta y asomando la cabeza, dijo:

—Perdón, señora, el señor quiere saber por qué no se le sirve la comida.

Los caballeros, que hasta entonces habían ignorado cualquier señal, por clara que fuera, de que se aproximaba la hora del almuerzo, se levantaron de un salto pidiendo disculpas, mientras Elizabeth llamaba a Nanny para que subiera el pollo.

—Lo siento —añadió, volviéndose jovialmente hacia Musgrave—, pero ya conocéis nuestros horarios.

Tom no supo qué responder; los conocía muy bien, y tanta sencillez y franqueza, tanta sinceridad y desenvoltura, lo dejaron perplejo. Lord Osborne

se demoró en la despedida, pues sus ganas de hablar parecían aumentar conforme se acercaba el momento de marchar. Recomendó hacer ejercicio a pesar del barro, alabó nuevamente los botines, rogó que permitieran a su hermana enviarle a Emma el nombre de su zapatero y concluyó diciendo:

—Saldré a cazar con mis perros por estos pagos la semana que viene. Creo que estaremos en el bosque de Stanton el miércoles a las nueve. Lo digo con la esperanza de convencerlos para que vengáis a vernos. Si esa mañana hace un tiempo aceptable, os ruego que nos hagáis el honor de desearnos buena suerte en persona.

Las hermanas se miraron atónitas cuando sus visitantes se hubieron marchado.

—¡Qué honor tan inexplicable! —exclamó por fin Elizabeth—. ¿Quién iba a pensar que lord Osborne vendría a Stanton? Es muy apuesto, pero Tom Musgrave es sin duda el más inteligente y elegante de los dos. Menos mal que no se ha dirigido a mí. Por nada del mundo me habría gustado hablar con un hombre de su rango. Tom estuvo muy amable, ¿verdad? ¿Le oíste preguntar nada más entrar dónde estaban Penélope y Margaret? Suerte que Nanny no había puesto el mantel. ¡Habría resultado tan poco elegante! Sólo la bandeja no significa...

Decir que Emma no se sintió halagada por la visita de lord Osborne sería afirmar algo bastante improbable y describir a una joven ciertamente singular, pero su satisfacción de ningún modo podía ser completa. Puede que complaciera su vanidad, pero casaba mal con su orgullo, y hubiera preferido saber que lord Osborne deseaba visitarla, pero no se atrevía, que haberlo visto en Stanton.

Entre otras sensaciones desagradables, le dio por pensar por qué el Sr. Howard no se había tomado la misma libertad de venir y acompañar a lord Osborne, pero imaginó que nadie le había informado o que se había negado a participar en algo que comportaba en sus formas tanta impertinencia como buena educación. El Sr. Watson no se mostró encantado que digamos cuando se enteró de lo ocurrido. Bastante malhumorado a causa del dolor y poco dispuesto a mostrarse complacido, se limitó a responder:

—¡Bah! ¿Qué podría traer a lord Osborne por aquí? Llevo catorce años viviendo en esta casa sin que nadie de su familia se haya fijado en mí. Se tratará de alguna maña de ese holgazán de Tom Musgrave. Pues no puedo devolverles la visita, y aunque pudiera tampoco lo haría.

Cuando volvieron a encontrarse con Tom Musgrave, le encargaron que se disculpara en el castillo de Osborne de parte del Sr. Watson, con la muy conveniente excusa de su delicado estado de salud.

Después de esta visita transcurrieron un par de semanas sin más novedad, hasta que un nuevo sobresalto vino a interrumpir, siquiera por medio día, la tranquila y afectuosa convivencia de las dos hermanas, cuya mutua estima crecía a medida que se iban conociendo mejor. El primer acontecimiento que amenazó esa paz fue la llegada de una carta procedente de Croydon, en la que se anunciaba el regreso inminente de Margaret y la visita de dos o tres días del Sr. Robert Watson y su esposa, que se encargarían de traer a su hermana a casa y estaban deseando ver a Emma.

Esa expectación bastó para ocupar los pensamientos de las hermanas en Stanton y llenar de obligaciones al menos a una de ellas, pues, teniendo en cuenta que Jane era de familia adinerada, los preparativos para atenderla eran considerables. Y puesto que Elizabeth siempre había sido más voluntariosa que metódica a la hora de llevar la casa, no sabía hacer ningún cambio sin crear un gran revuelo. Una ausencia de catorce años había hecho que sus hermanos y hermanas fueran unos extraños para Emma, pero en la expectación que le suscitaba Margaret había algo más que la extrañeza provocada por tal distanciamiento. Había oído cosas que le hacían temer su regreso, y el día fijado para la llegada del grupo a Stanton le parecía el probable final de la tranquilidad que habían disfrutado en aquella casa.

Robert Watson era un abogado de éxito en Croydon. Estaba muy orgulloso de sí mismo por ese motivo y por haberse casado con la única hija del abogado para el que había trabajado de pasante, dueño de una fortuna estimada en seis mil libras. Su esposa no estaba menos orgullosa de ese capital y de ser la actual propietaria de una imponente mansión en Croydon, en la que daba fiestas elegantes y se vestía con las mejores galas. No había nada destacable en su aspecto, y sus maneras resultaban descaradas y presuntuosas. Margaret no carecía de belleza; tenía una grácil y bonita figura, y a su rostro quizá le faltaba más atractivo que hermosura. La dureza y ansiedad de su expresión tal vez hacían que su belleza no fuera siempre apreciada. Al encontrarse con su hermana tanto tiempo ausente, como hacía siempre que podía lucirse, actuó y habló con suma afectación y gentileza; la sonrisa permanente y una dicción lenta eran sus recursos habituales cuando se proponía agradar.

Estaba «tan encantada de ver a su queridísima Emma» que apenas pudo decir nada en un minuto.

—Estoy segura de que seremos grandes amigas —dijo con gran emoción mientras se sentaban juntas.

Emma no supo cómo responder a ese comentario, ni podía tratar de igualar el tono en que fue dicho. La Sra. Watson la examinó con descaro y triunfal compasión: en el momento de las presentaciones tenía muy presente que Emma había perdido la fortuna de su tía, y no pudo evitar pensar cuánto mejor

era ser la hija de un hombre rico de Croydon que la sobrina de una anciana que había arruinado su vida casándose con un capitán irlandés. Robert se mostró amable pero displicente, como corresponde a un hermano rico; más preocupado de arreglar cuentas con el chico de la posta, despotricar contra la exorbitante subida de las tarifas y regatearle media corona, que de dar la bienvenida a una hermana que ya no parecía tener ninguna propiedad que él pudiera gestionar.

—Elizabeth, el camino que atraviesa el pueblo es infame —dijo—; está peor que nunca. ¡Por todos los santos! Lo denunciaría si viviera cerca de vosotras. ¿Quién se encarga ahora de la supervisión?

Había una sobrinita por quien preguntó con gran cariño la dulce Elizabeth, que lamentó mucho que no hubiera venido con ellos.

—Eres muy amable —respondió su madre—, y te aseguro que nos las hemos tenido que ingeniar para venir sin Augusta. Tuve que decirle que íbamos a misa y prometerle que volveríamos enseguida. Pero sabes que no conviene traerla sin niñera, y que necesito saber que va a estar bien atendida.

—¡Pobrecita! —exclamó Margaret—. Se me partió el corazón al tener que dejarla.

—Entonces, ¿por qué tenías tanta prisa por separarte de ella? —exclamó su cuñada—. ¡Eres una muchachita despreciable! Por eso me he pasado todo el camino de vuelta discutiendo contigo. Nunca he visto una visita como la tuya. Sabéis cuánto nos alegra tener a cualquiera de vosotras en casa, incluso durante meses. Y lamento —dijo, sonriendo con sarcasmo— que este otoño no hayamos sido capaces de hacer de Croydon un lugar agradable.

—Querida Jane, no me abrumes con tus reproches. Conoces las razones que me obligaban a volver. Basta ya, te lo ruego. No puedo competir con tus sarcasmos.

—Bueno, sólo te pido que no predispongas a tus vecinos en contra de nuestra casa. Puede que Emma sienta la tentación de volver con nosotros y quedarse hasta Navidad, si tú no metes baza.

Emma le agradeció su invitación.

—Te aseguro que en Croydon tenemos círculos de lo más distinguidos. Yo no frecuento mucho los bailes, porque en ellos hay gente de todo tipo, pero nuestras fiestas son muy buenas y selectas. La semana pasada había hasta siete mesas en mi salón.

—¿Te gusta el campo? ¿Qué te parece Stanton?

—Me encanta —respondió Emma, pensando que era la respuesta más adecuada.

Desde el primer momento comprendió que su cuñada la despreciaba. De hecho, ésta se preguntaba en qué tipo de hogar habría vivido Emma en Shropshire, y concluyó que su tía nunca pudo haber tenido seis mil libras.

—¡Qué encantadora es Emma! —susurró Margaret a su cuñada, en su tono más lánguido.

A Emma le disgustó esa actitud, como tampoco le gustó oír a Margaret decir a Elizabeth cinco minutos después con voz brusca y acelerada, muy distinta de la que había empleado anteriormente:

—¿Sabes algo de Penélope desde que se fue a Chichester? Recibí carta suya el otro día. No creo que marcharse le haya servido de nada. Me parece que volverá tan soltera como se fue.

Emma temió que ése fuera el tono habitual de Margaret cuando la novedad de su llegada se hubiera disipado. El deje de artificiosa sentimentalidad no casaba con sus ideas. Las damas fueron invitadas a arreglarse para la cena.

—Jane, espero que encuentres todo a tu gusto —dijo Elizabeth, mientras abría la puerta del cuarto de invitados.

—Oh, querida —replicó Jane—, te ruego que te dejes de ceremonias conmigo. Soy de las que se adaptan a lo que hay. Podré dormir en un pequeño cuarto dos o tres noches sin hacer un drama por ello. Ya sabes que siempre he querido que me tratéis en famille cuando vengo a veros. Y ahora espero que no nos hayáis preparado un festín. Recuerda que nunca cenamos.

—Supongo que tú y yo dormiremos juntas —dijo rápidamente Margaret a Emma—; Elizabeth siempre se las apaña para quedarse con un cuarto.

—No, ella me cede la mitad del suyo.

—¡Oh! —dijo Margaret suavizando el tono, bastante mortificada al ver que no se habían aprovechado de ella—. Siento perderme el placer de tu compañía, sobre todo porque me pone nerviosa pasar mucho tiempo sola.

Emma fue la primera en bajar al salón y, al entrar, se encontró a solas con su hermano.

—De modo, Emma, que eres como una extraña en casa —dijo él—. Debe de parecerle raro estar aquí. ¡Buena la ha hecho tu tía! ¡Santo cielo! Nunca se debería confiar el dinero a las mujeres. Siempre dije que debería haberte asignado parte de la herencia nada más morir su marido.

—Pero eso habría sido confiarme dinero —replicó Emma—, y yo también soy mujer.

—Se podría haber reservado para que lo utilizaras en el futuro, sin que de momento tuvieras ningún poder sobre él. Habrá sido un duro golpe para ti; en

vez de ser la heredera de ocho mil o nueve mil libras, verte de nuevo en casa de tu familia, como una carga para ellos y sin un chelín en el bolsillo... Espero que le pese a la vieja.

—No hables así de ella. Siempre fue muy buena conmigo y, si ha hecho una elección imprudente, sufrirá más por ello que yo.

—No pretendo disgustarte, pero sabes que todos piensan que es una vieja estúpida. Yo creía que Turner pasaba por ser un hombre muy juicioso e inteligente. ¿Cómo diablos se le ocurrió hacer ese testamento?

—Pues yo opino que el cariño que sentía por su mujer en modo alguno desacredita la sensatez de mi tío. Ella había sido una esposa excelente. Las mentes más lúcidas y generosas siempre son las más confiadas. Puede que el episodio haya sido desafortunado, pero el recuerdo de mi tío es para mí más entrañable si cabe por su prueba de afectuoso respeto hacia mi tía.

—Extraña opinión la tuya. Podía haber provisto una cantidad decente para su viuda, sin dejarle todo lo que tenía para que ella dispusiera de ello a su antojo.

—Es posible que mi tía se haya equivocado —dijo Emma con vehemencia—. Tal vez ha cometido una falta, pero el comportamiento de mi tío es irreprochable: yo era la única sobrina de su mujer, y él le dejó el poder para proveerme de lo necesario.

—Y desgraciadamente ella ha dejado ese placer a tu padre, pero no los medios para hacerlo. En resumidas cuentas así es. Después de tenerte alejada de tu familia el tiempo suficiente para borrar de nosotros el natural afecto, y de educarte, supongo, en una vida refinada, te devuelve aquí con las manos vacías.

—Ya sabes cuál era el frágil estado de salud de mi tío —replicó Emma, conteniendo las lágrimas—. Estaba peor que nuestro padre y no podía salir de casa.

—No era mi intención hacerte llorar —dijo Robert, suavizando el tono. Y, tras un breve silencio y para cambiar de tema, añadió—: Acabo de bajar del cuarto de nuestro padre. Parece bastante enfermo. Qué triste será vuestra situación cuando muera. Sería una lástima que ninguna de vosotras se casara. Deberías venir a Croydon, como tus hermanas, para ver qué se puede hacer allí. Creo que hay un joven que habría pretendido a Margaret si ella hubiera tenido mil o mil quinientas libras.

Emma se alegró cuando llegaron las demás. Era preferible mirar el vestido de su cuñada a escuchar a Robert, que la había irritado y entristecido por igual. Su mujer, tan elegante como si estuviera en una de sus fiestas, entró

disculpándose por su traje.

—No quería haceros esperar —dijo—, así que me puse lo primero que encontré. Me temo que voy hecha una facha. Mi querido Sr. Watson —dijo, dirigiéndose a él—, no te has empolvado el pelo.

—No, ni lo pretendo. Creo que está suficientemente empolvado para cenar con mi mujer y mis hermanas.

—Deberías cambiarte antes de cenar cuando vas de visita, aunque no lo hagas en casa.

—Tonterías.

—Es extraño que no te guste hacer lo que hacen otros caballeros. El Sr. Marshall y el Sr. Hemmings se cambian de traje todos los días antes de cenar. ¿Y de qué me sirve traerte tu nueva chaqueta si nunca te la pones?

—Tú ocúpate de tus vestidos y deja a tu marido en paz.

Para poner fin a esta disputa y mitigar la evidente humillación de su cuñada, Emma (a pesar de no estar de humor para aliviar tanta majadería) se puso a elogiar su vestido, lo que tuvo un efecto inmediato:

—¿Te gusta? —preguntó su cuñada—. Me alegro. Ha tenido mucho éxito, pero a veces pienso que el patrón es demasiado ancho. Mañana me pondré otro que creo que te gustará más. ¿Has visto el que le he regalado a Margaret?

Llegó la cena y la Sra. Watson, excepto cuando miraba el pelo de su marido, estuvo alegre y locuaz; reprendió a Elizabeth por el exceso de comida y protestó enérgicamente cuando sirvieron el pavo asado, que era lo único que faltaba en la mesa.

—Os ruego que no sirváis el pavo. Ya estoy bastante horrorizada con tanto plato. No nos obliguéis a comerlo, por favor.

—Querida —replicó Elizabeth—, el pavo está asado, e igual da traerlo que dejarlo en la cocina. Además, una vez cortado, quizá mi padre sienta la tentación de probarlo, porque es su plato favorito.

—Puedes traerlo, querida, pero te aseguro que no lo probaré.

El Sr. Watson no se encontraba en condiciones de cenar con sus hijos, pero aceptó bajar a tomar el té con ellos.

—Ojalá pueda jugar a las cartas esta noche —dijo Elizabeth a su cuñada, después de ver al Sr. Watson cómodamente sentado en su butaca.

—Conmigo no cuentas, querida. Sabes que no me gusta jugar a las cartas. Prefiero mil veces una buena conversación. Siempre digo que las cartas a veces vienen muy bien para romper el hielo en un círculo muy formal, pero no

entre amigos.

—Pensaba que sería agradable para nuestro padre —dijo Elizabeth—, siempre que no te moleste. Dice que no tiene la cabeza para soportar el whist, pero si nos sentamos a jugar quizá le entren ganas de unirse a nosotros.

—Naturalmente, querida, estoy a tu entera disposición. Sólo te pido que no me obligues a elegir el juego, eso es todo. El único al que se juega actualmente en Croydon es el speculation, pero me da igual uno que otro. No sabréis qué hacer para entretenerle cuando no estáis más que una o dos hermanas en casa, ¿no? ¿Por qué no hacéis que juegue al cribbage? Margaret y yo solemos jugar casi todas las noches si no tenemos ningún compromiso.

En ese momento se oyó el ruido de un carruaje a lo lejos. Todos se pusieron a escuchar. Cada vez sonaba más fuerte, y no había duda de que se acercaba. Era un ruido bastante inusual en Stanton a cualquier hora del día, puesto que el pueblo se hallaba en una ruta muy poco conocida y no albergaba más familia noble que la del rector. Las ruedas sonaban cada vez más cerca. Al cabo de dos minutos, los presentes vieron satisfecha su curiosidad. El carruaje se detuvo frente a la cancela de la rectoría. ¿Quién sería? Sin duda se trataba de una silla de posta, y sólo se les ocurrió que pudiera ser Penélope, que acaso había encontrado una oportunidad inesperada para volver.

Siguieron unos momentos de incertidumbre. Se oyeron pasos; primero en el camino empedrado, después bajo la ventana de la fachada principal y finalmente en el corredor. Eran los pasos de un hombre, así que no podía ser Penélope. Debía de tratarse de Samuel.

Entonces se abrió la puerta y apareció Tom Musgrave, embozado en su capa de viajero. Había estado en Londres y, de camino a casa, se había desviado un kilómetro de su ruta para detenerse diez minutos en Stanton. Le encantaba sorprender a la gente con visitas inesperadas en días insospechados, y en aquella ocasión tenía un motivo adicional para hacerlo: contar a las hermanas Watson —a quienes esperaba encontrar sentadas y ocupadas tranquilamente en sus labores después del té— que volvía a casa para cenar a las ocho.

Pero cuál no fue su sorpresa cuando, en vez de ser conducido al salón de siempre, le abrieron de par en par la puerta del salón principal (algo más espacioso que el otro) y se encontró ante un grupo de personas elegantemente vestidas a quienes no reconoció en un primer momento. Elizabeth estaba sentada junto a la mejor mesa Pembroke, ante un delicado servicio de té. El recién llegado se quedó atónito y sin saber qué decir durante unos segundos.

—¡Musgrave! —exclamó dulcemente Margaret.

El joven recobró la compostura y avanzó, encantado de encontrar un

círculo de amistades como aquél y bendiciendo su buena suerte por ese favor inesperado. Estrechó la mano a Robert y saludó con una reverencia y una sonrisa a las damas —todo ello ejecutado con gran elegancia—; pero Emma, que lo observó atentamente, no descubrió en él ni el más leve rastro de emoción o trato particular hacia Margaret; no percibió nada que no justificara la opinión de Elizabeth, aunque las recatadas sonrisas de Margaret indicaban que estaba convencida de ser el motivo de la visita.

No fue difícil convencerle de que se quitara la capa y tomara el té con ellos, puesto que, como él señaló, «lo mismo le daba cenar a las ocho que a las nueve». Aunque no parecía buscarlo, aceptó sentarse en la silla que Margaret le ofrecía insistentemente a su lado para librarlo así del peligro de sus hermanas; pero la joven no pudo protegerle de las preguntas de su hermano, y Musgrave, al venir de Londres y haber salido de allí apenas cuatro horas antes, tuvo que ponerle al tanto de las últimas novedades y del ambiente general que se respiraba en la capital. Finalmente Tom pudo atender a las demandas menos importantes y racionales de las mujeres y quedó libre para escuchar las tiernas atenciones de Margaret, mientras ella le expresaba sus temores de que hubiera tenido un viaje espantosamente frío, oscuro y terrible.

—Desde luego, no deberíais haber salido tan tarde.

—No pude salir antes —respondió él—. Un amigo me retuvo en Betford. Lo mismo me da una hora que otra. ¿Cuánto lleváis por aquí, Srta. Margaret?

—Acabamos de llegar. Mi hermano y mi cuñada fueron tan amables de traerme esta misma mañana. Es un detalle por su parte, ¿verdad?

—Habéis estado mucho tiempo fuera, ¿verdad? ¿Dos semanas o así?

—Puede que para vos dos semanas sean mucho tiempo, pero a nosotros un mes nos parece muy poco —dijo la Sra. Watson, bruscamente—. Os aseguro que la traemos de vuelta después de un mes con nosotros en contra de nuestra voluntad.

—¡Un mes! ¿De verdad habéis estado un mes fuera? Es increíble cómo pasa el tiempo.

—Podéis imaginar cómo me siento al verme de nuevo en Stanton —dijo Margaret, en un susurro—. Ya sabéis lo aburrida que soy como invitada, y estaba impaciente por ver a Emma. Temía el encuentro y al mismo tiempo lo anhelaba. ¿Sabéis de qué sentimiento hablo?

—En absoluto —dijo él, alzando la voz—. Yo nunca podría temer un encuentro con la Srta. Emma ni con ninguna de sus hermanas.

Suerte que añadió ese comentario al final.

—¿Hablabais conmigo? —dijo Emma, que había captado su nombre.

—En realidad no —respondió él—, pero estaba pensando en vos, como probablemente estarán haciendo en este momento otros muchos desde la distancia. Hace un tiempo estupendo, Srta. Emma. Ideal para ir de caza.

—¿Verdad que Emma es encantadora? —susurró Margaret—. He descubierto que supera con creces mis mejores expectativas. ¿Habéis visto alguna vez belleza más perfecta? Creo que hasta vos tendréis que rendiros esta vez ante la tez morena.

Musgrave vaciló. Margaret era de piel clara, y él no tenía demasiadas ganas de lisonjearla; pero la Srta. Osborne y la Srta. Carr también lo eran, y al final venció su devoción por ellas.

—La piel de vuestra hermana —dijo, finalmente— es todo lo fina que puede ser la tez morena, pero mantengo mi preferencia por la piel blanca. ¿Habéis visto a la Srta. Osborne? Es mi modelo de un cutis verdaderamente femenino, además de ser una joven muy bella.

—¿Más que yo?

Tom no contestó.

—Señoras —dijo, mirándose a sí mismo—, os quedo muy agradecido por haberme recibido en semejante deshabillé en vuestro salón. Sinceramente, no pensé que fuera a desentonar tanto. De otro modo no me habría detenido. Lady Osborne diría que me estoy descuidando tanto como su hijo si me viera con este aspecto.

Las damas le prodigaron expresiones de amabilidad y gentileza, y Robert Watson, mirándose fugazmente el pelo en el espejo de enfrente, dijo con igual cortesía:

—No podéis estar más en deshabillé que yo. Llegamos tan tarde que no he tenido tiempo ni de empolverarme el pelo.

Emma no pudo evitar imaginar lo que estaría sintiendo su cuñada en ese momento.

Cuando retiraron el té, Tom dijo algo de su carruaje, pero puesto que habían sacado la vieja mesa de juego, las fichas y una baraja razonablemente limpia que Margaret había traído del aparador, todos le insistieron tanto en que se uniera al grupo que él accedió a quedarse un cuarto de hora más. Hasta Emma se alegró de que lo hiciera, pues empezaba a sentir que una reunión familiar puede ser la peor de las reuniones, y los demás se mostraron encantados.

—¿Qué juego preferís? —preguntó él, mientras se situaban alrededor de la mesa.

—Yo diría que el speculation —dijo Elizabeth—. Mi cuñada lo recomienda, y creo que a todos nos gusta. Sé que a vos también, Tom.

—Es al único que jugamos actualmente en Croydon —dijo su cuñada—. Nunca nos da por jugar a otro. Me alegro de que sea vuestro favorito.

—Oh, no os preocupéis por mí —dijo Tom—. Cualquiera que elijáis será mi favorito. He pasado muy buenos momentos jugando al speculation, pero hace mucho que no echo una partida. En el castillo de Osborne prefieren el veintiuno, y últimamente no he jugado más que a ése. Os sorprendería el ruido que hacemos allí. El bullicio vuelve a reinar en el viejo y majestuoso salón. A veces lady Osborne dice que ella misma no se oye cuando habla. Lord Osborne se lo pasa en grande, y sin duda es el mejor croupier que he conocido; juega con tal brío y rapidez que no deja que nadie se duerma sobre sus cartas. Ojalá pudierais verle hacer trampas. Es todo un espectáculo.

—¡Caramba! —exclamó Margaret—, ¿y por qué no jugamos al veintiuno? Lo encuentro mucho más divertido que el bridge, que, la verdad sea dicha, tampoco me entusiasma.

Su cuñada no intentó rebatírsele. Se sentía derrotada, y las modas del castillo de Osborne se imponían a las de Croydon.

—Sr. Musgrave, ¿veis mucho a la familia del párroco en el castillo? —preguntó Emma, mientras tomaban asiento.

—Oh, sí, casi siempre están allí. La Sra. Blake es una mujer de lo más agradable y jovial. Ella y yo nos hemos jurado amistad eterna, y Howard es un caballero muy educado y cortés. Os aseguro que nadie la olvida por allí. Imagino que sentiréis un ligero rubor de vez en cuando, Srta. Emma. ¿Acaso no os sonrojasteis el sábado pasado hacia las nueve o las diez de la noche? Os contaré lo que pasó, pues veo que estáis deseando saberlo. Howard le dijo a lord Osborne...

Justo en ese momento los demás reclamaron su presencia para actuar de árbitro y resolver algún punto discutible. Tuvo que poner tanta atención en aquello y más tarde en el desarrollo del juego, que no pudo retomar lo que estaba diciendo, y Emma, aunque sentía curiosidad por saber el final de la historia, no se atrevió a recordárselo.

La incorporación de Musgrave a la mesa se reveló muy útil. Sin él la velada habría resultado una reunión familiar carente de interés y hasta de buena educación, pero su presencia le daba variedad y garantizaba las buenas formas. Estaba, de hecho, muy cualificado para brillar en una partida de cartas, y pocas situaciones le hacían lucir tanto. Jugaba con mucho brío y amenizaba la conversación, pues, aunque no era demasiado ingenioso, sabía echar mano de las ocurrencias de algún amigo ausente y repetir cualquier tópico o

simpleza con tanta gracia que causaba un gran efecto en la mesa. Había añadido a su repertorio habitual los modales y ocurrencias del castillo de Osborne. Imitaba los ingeniosos comentarios de alguna dama, refería con todo detalle los descuidos de otra, e incluso los aderezaba copiando el modo en que lord Osborne hacía trampas con las cartas.

Andaba ocupado en tales entretenimientos cuando el reloj dio las nueve y, al ver que Nanny entraba con un tazón de gachas para su amo, dijo cortésmente al Sr. Watson que le dejaría cenar mientras él se iba a casa a hacer lo propio. Ordenó que le trajeran el carruaje a la puerta, y las muchas súplicas para que se quedara no lograron convencerle, pues sabía que si lo hacía tendría que sentarse a cenar en menos de diez minutos, lo que era insoportable para alguien obsesionado con llamar «almuerzo» a su siguiente comida. Viéndolo tan resuelto a irse, Margaret se puso a hacer guiños y señas a Elizabeth para que lo invitara a cenar al día siguiente, y ésta, incapaz de resistirse a unos planes que cuadraban con su temperamento sociable y hospitalario, así lo hizo.

—Estaríamos encantadas si pudierais reuniros con Robert —dijo.

—Será un placer —respondió al instante Tom. Y añadió—: Es decir, si logro llegar a tiempo, porque mañana saldré a cazar con lord Osborne y no puedo comprometerme. Por si acaso no me esperéis.

Y se marchó, encantado de dejarlos en aquella incertidumbre.

**

Margaret, exultante por unas circunstancias que había decidido considerar particularmente propicias, de buena gana habría tomado a Emma como confidente cuando pasaron un rato a solas a la mañana siguiente.

—Querida Emma, el joven que estuvo aquí anoche y que vendrá también hoy me interesa más de lo que te figuras —empezó a decir, pero Emma, fingiendo no captar nada extraordinario en esas palabras, respondió algo irrelevante y, levantándose de un salto, eludió un asunto que le resultaba odioso. Puesto que Margaret no permitía que hubiera ninguna duda de que Musgrave vendría a cenar, los preparativos para recibirle superaron con creces los de la víspera y, usurpando el puesto de su hermana, se pasó media mañana en la cocina, dirigiendo y regañando a discreción. Tras mucho cocinar en vano y esperar con ansiedad y expectación, los Watson se vieron obligados a sentarse sin su invitado. Tom Musgrave no apareció, y Margaret no hizo nada por ocultar su enfado y decepción ni por reprimir su mal humor. La paz familiar durante la visita de Robert y Jane —el resto del día, así como el siguiente—, se vio interrumpida por sus continuas quejas y sus fastidiosos ataques. Elizabeth fue el blanco principal de ambos. Margaret tenía suficiente respeto por la opinión de su hermano y de su cuñada para comportarse

debidamente delante de ellos, pero Elizabeth y las criadas no parecían hacer nada bien y Emma, de quien parecía haberse olvidado, advirtió que la dulzura había desaparecido de su voz mucho antes de lo esperado. Deseosa de pasar entre ellos el menor tiempo posible, Emma se mostró encantada de quedarse con su padre en el piso de arriba, y rogó que la dejaran hacerle compañía todas las noches. Elizabeth era tan sociable que prefería permanecer en el piso de abajo y hablar con Jane de Croydon —aunque Margaret las interrumpiera con sus perversos comentarios— a quedarse con su padre, quien a menudo no soportaba ningún tipo de conversación. Así pues, accedió a la petición de su hermana cuando se convenció de que no suponía ningún sacrificio para ella. Emma encontró el cambio muy grato y aceptable. Su padre, aunque enfermo, sólo precisaba ternura y silencio y, siendo como era un hombre inteligente y cultivado, resultaba, cuando se sentía con fuerzas para conversar, una excelente compañía.

En la habitación de su padre Emma estaba a salvo de las terribles mortificaciones de aquella compañía tan dispar y de las desavenencias familiares, así como de las cuitas y preocupaciones de la despiadada prosperidad, la burda presunción y la obstinada insensatez propias de un carácter grosero. Aún la hacían sufrir cuando examinaba su vida, tanto la pasada como la futura, pero en esos momentos sentía que habían dejado de torturarla. Estaba tranquila; podía leer y pensar, aunque su situación no propiciaba una reflexión muy tranquilizadora, pues los males derivados de la muerte de su tío no eran insignificantes ni parecía que fueran a menguar. Cuando dejó libre la imaginación para contrastar el pasado y el presente, volvió agradecida a un libro, pues la lectura es lo único que puede ejercitar la mente y ahuyentar los pensamientos desagradables.

El cambio en su vida familiar y en su estilo de vida, como consecuencia de la muerte de un ser querido y de la imprudencia de otro, había sido ciertamente brusco. De ser el objeto principal de las esperanzas y cuidados de un tío que la había instruido con la solicitud de un padre, y de la ternura de una tía cuyo temperamento afectuoso se había deleitado en concederle todos los caprichos; de ser el alma y la alegría de una casa donde todo había sido comodidad y elegancia, y la previsible heredera de una dote más que desahogada, a no importarle a nadie y convertirse en una carga para aquellos de quienes no podía esperar afecto; una más en una casa abarrotada, rodeada de mentes inferiores, con tan pocas opciones de felicidad en aquel hogar como de encontrar un sustento futuro. Suerte que era de natural alegre, pues el cambio había sido tan grande que podía haber hundido en la miseria a un espíritu más débil que el suyo.

Robert y Jane insistieron en que volviera con ellos a Croydon, y no aceptaron fácilmente su negativa, pues tenían un concepto demasiado alto de

su generosidad y su estatus para suponer que su oferta podría resultar menos tentadora a ojos de otros. Elizabeth apoyó su propuesta, aunque fuera en contra de sus intereses, instando en privado a Emma a que se fuera con ellos.

—No sabes lo que te pierdes —le dijo—, ni lo que te espera en esta casa. Te aconsejo que aceptes la invitación sin pensarlo; en Croydon siempre pasan cosas interesantes. Estarás acompañada casi todo el día, y Robert y Jane te tratarán muy bien. Yo, por mi parte, no estaré peor sin ti que antes de que llegaras, pero los malos modos de Margaret son nuevos para ti, y te exasperarán más de lo que supones si te quedas en esta casa.

Naturalmente, Emma no se dejó influir por tales argumentos, que sólo aumentaron la estima que sentía por Elizabeth, y los invitados partieron sin ella.

**

El siguiente pasaje fue añadido por James Edward Austen-Leigh, sobrino y biógrafo de la autora, en (1871), donde recopiló obras inéditas de la escritora.

Cuando Cassandra, la hermana de la autora, enseñó el manuscrito de esta obra a unas sobrinas, les contó también parte del final previsto por su tía; pues parece que con esta hermana —y, por lo que creo, con nadie más— Jane hablaba libremente de cualquier obra que tuviera entre manos. El Sr. Watson moriría poco después, y Emma se vería obligada a vivir con su mezquino hermano y su cuñada. Rechazaría una propuesta de matrimonio de lord Osborne, y gran parte del interés del relato residiría en el amor de lady Osborne por el Sr. Howard, y en el de este por Emma, con quien terminaría casándose.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es